

Viviana Espin, Excristiana, Ecuador



Mi nombre es Viviana Espin. Soy de Ecuador y tengo 21 años.

La vida siempre tiene momentos buenos y malos. A veces, cuando pienso en el pasado, siento un dolor profundo. Quisiera que las cosas hubieran sido diferentes, quizás tener una familia normal, tal vez unos padres amorosos. No lo sé, pero estoy segura de que todo tiene una razón.

Mi infancia fue muy dura, mi padre era un hombre violento, mi madre era muy sumisa, teníamos problemas de dinero, y muchas otras cosas que influenciaron la salud mental de mi hermano y la mía propia. En mi infancia, mi madre solía enseñarme en casa algunas vocales, algunas palabras en inglés, y otras cosas, y me hice tan buena para aprender que a los 4 años de edad mi madre decidió enviarme a la escuela.

Mis padres me mandaron a estudiar en un colegio católico. A mi madre le gustaba porque ella quería que yo tuviera buena fe en Dios y también una buena educación. A mi padre también le gustaba porque era uno de los mejores colegios en la ciudad donde vivíamos, y él siempre había sido arrogante y vanidoso, así que le gustaba decirles con orgullo a sus amigos dónde estaba estudiando yo.

Desde el comienzo, yo era más joven que mis compañeras de clase, así que ellas solían ser crueles conmigo. Me pegaban chicle en el cabello y robaban mis cosas, tiraban mi comida a la basura y muchas otras cosas.

Como era la más joven, la rectora del colegio decidió hacerse cargo de mí. De modo que yo no pasaba el recreo en el patio con las otras niñas. Solía pasar este tiempo en la oficina de la rectora o de la secretaria del colegio. Por cierto, como era un colegio católico, casi todas las profesoras, la rectora y las directoras eran monjas.

Comencé a estar muy cerca de ellas y ellas también comenzaron a apreciarme mucho, de modo que comenzaron a dejar que me quedara con ellas en sus casas,

ya que estaban en el terreno del colegio. Ellas tenían su casa al lado del edificio del colegio, dentro del mismo lote.

Yo ya era diferente del resto de mis vecinos y niños de mi edad.

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía unos 8 años de edad, y este fue de lejos uno de los eventos más traumáticos de mi vida. Cuando paso mucho tiempo sola en un lugar cerrado, mi mente comienza a volar y a pensar en cosas a las que a veces no les hallo respuesta.

Mi madre se hizo más religiosa, pero comenzó a controlarme mucho. A veces esto era bueno, y a veces no. Siempre crecí con miedo, inseguridad y dudas.

Comencé a apreciar los lugares tranquilos con poco ruido alrededor, pero de forma de estar en contacto con la naturaleza. Esos eran los únicos momentos en que me gustaba estar a solas.

El único lugar en el que solía encontrar eso, era con las monjas. El colegio tenía un gran patio verde, así que solía echarme allí y disfrutar mirando el cielo y sintiendo el viento cubriéndome. Esto se sentía muy tranquilo.

Las monjas me apreciaban mucho y yo disfrutaba el tiempo con ellas. También sentí que la única manera de tener un escape de los problemas de mi casa, era buscando refugio en Dios.

A los 12 años de edad, le dije a mi mamá que quería quedarme en el convento con las monjas de mi colegio y ser una de ellas.

Mi mamá se enojó y se puso feliz al mismo tiempo, le agradaba que quisiera estar cerca de Dios, pero me dijo que su deseo era tener nietos algún día, así que no me dejó unirme a las monjas. Ese era mi último año con las monjas.

Después de la respuesta negativa de mi madre, decidí acercarme a Dios, estudiar y entender mejor lo que dice la Biblia. Después de comenzar a leerla a consciencia, me di cuenta de que tiene muchas cosas que no tienen sentido, muchas contradicciones, y en algunas partes hay cosas que me parecieron como que la idea no estaba completa. Así que tuve la necesidad de saber dónde estaba el resto, y las respuestas a mis inquietudes que, en mi opinión, no eran claras, ni lógicas.

Comencé a leer libros sobre religiones, y la Internet también fue muy útil para buscar.

Encontré información sobre Judaísmo, Budismo, Agnosticismo, Hinduismo y el propio Cristianismo, y las diferentes sectas, etc. Ninguno de ellos satisfizo mi lógica. Nunca estuve interesada en buscar sobre el Islam debido a todas las cosas malas que había escuchado sobre él. Pero al final, decidí mirar el Islam para ver de qué se trataba, como mi última opción de encontrar una respuesta lógica.

La trinidad nunca fue clara para mí. Así que cuando comencé a investigar el Islam vi las respuestas a muchas de mis preguntas. El Islam tenía sentido para mí, respondía mi pregunta sobre el número de dioses, está claramente declarado en el Corán que hay solo Uno. Esto respondió mis preguntas sobre Jesús. Entendí que la Biblia había sido alterada y que ya no estaba en su forma prístina, y sentí que finalmente había hallado la verdad.

Leí un poco sobre el Profeta Muhammad, que la paz de Dios sea con él, y lo encontré muy similar a Moisés. ¿Por qué no habría de creer en un último mensajero de Dios, cuando él tenía el mismo mensaje que trajeron todos los demás profetas? Todo esto me hizo sentir que finalmente había encontrado la religión real.

Tenía tal vez 17 o 18 años, no lo recuerdo, cuando le dije a mi mamá que quería cambiar mi religión y hacerme musulmana. Le dije que quería ir al Centro Islámico de nuestra ciudad y aprender más. Mi mamá se enfadó y me dijo que sólo los cristianos podían vivir en su casa, y que si pensaba seriamente cambiar mi religión, tendría que irme de la casa. Así que le dije que estaba bromeando, para que olvidara el asunto.

Ella llamó a mi tía, y mi tía me mandó un libro contra el Islam. Leí el libro y me asustó, y dejó mi mente llena de dudas y temores. Así que dejé la idea de hacerme musulmana, pero tampoco quería regresar al Cristianismo porque no me sentía cómoda con ello desde antes.

Mi mamá cambió su religión de católica a evangélica, después de un milagro con uno de sus hermanos. Él tenía cáncer y los doctores dijeron que no viviría más de una semana, quizás un mes. Dos años pasaron desde entonces y mi tío todavía está con nosotros.

El día en que mi madre decidió convertirse yo también traté de hablar con ella sobre el Islam de nuevo, y le pedí que viniera conmigo al Centro Islámico para preguntar acerca de las dudas y los temores del libro. Mi mamá estaba tan abierta ese día que aceptó. Pero eso fue en la mañana. En la noche, ella volvió a casa como evangélica, y con una convicción muy fuerte sobre ello, así que me fue imposible hablar con ella sobre el Islam de nuevo. Unos pocos meses después de esto conocí a un musulmán con el que me casé poco tiempo después, y después de eso me mudé a Egipto para estar con él.

Los dos sueños más grandes de mi vida eran venir a Egipto y casarme con un buen hombre que me amara, me cuidara y fuera romántico, la clase encantadora de príncipe con el que, estoy segura, sueñan todas las chicas de niñas. Pero siempre pensé que nunca podría ver estos sueños convertirse en realidad. Debido primero a mi situación financiera, que me hacía imposible viajar a Egipto, y segundo, no pensé que el hombre que quería pudiera existir en el mundo real sino sólo en mi sueño.

Dios me dio todo lo que deseé. Pero honestamente, nunca he sido agradecida por todo lo que Él me ha dado.

Después de llegar a Egipto, todavía no estaba segura de querer convertirme. Mi nuevo esposo me presentó a una dama maravillosa con conocimiento, paciencia y fe. Su nombre era Raya. Ella me ayudó a analizar mejor mi situación y aclaró todas las dudas y los conceptos erróneos que solía tener sobre el Islam.

Finalmente hice la *Shahadah* el sábado 30 de agosto de 2009. Hice la *Shahadah* solo porque estaba convencida de la existencia de Un Dios y de que Muhammad, que la paz de Dios sea con él, fue su último Mensajero y Profeta. Pero dije que iba a comenzar a practicar cuando sintiera que era el momento adecuado. Ellos estuvieron de acuerdo conmigo en ese momento y no tuve la intención de comenzar pronto un aprendizaje.

El lunes siguiente, todo cambió. Mi esposo y yo tuvimos una situación muy mala por mi culpa, y él me divorció. Sentí que mi mundo fue destrozado en pedazos.

En mi desesperación, no sube a quién más pedirle ayuda, sino a Raya. Desde ese día, ella me ha estado dando su apoyo y me ha tomado como su hija en su casa.

Mi mamá solía decirme que los humanos nunca aprenden hasta que ocurren cosas malas. Esto es muy cierto. Todos los problemas con mi esposo me hicieron sentir la necesidad de buscar ayuda en Allah (Dios) y pedirle perdón.

Apenas estoy en el proceso, pero tengo la sensación real de que quiero servir a mi Señor y serle agradecida. Comencé a cambiar mi forma de vestir y ahora uso hiyab, y siento que quiero cambiar toda mi vida. Quiero probarle a Dios, al hombre que amo, y a mí misma, que soy una persona nueva.

Después del divorcio, gracias a Dios, mi esposo me dio una luz de esperanza, de que con la ayuda de Dios podremos estar de nuevo juntos pronto.

Ahora tengo que fortalecerme en mi religión, y él necesita tiempo para perdonarme. De todos modos, espero que al final de este año, Dios me de la fuerza que necesito para aceptar cualquier decisión que provenga de Él.

Fue una lección que cambió toda mi vida, sin duda.